

LAS FAMILIAS DE LA DROGA

Veinte años de heroína

Cuando, en el transcurso de la década de los años setenta, la droga adquiría la importancia que hoy tiene en la sociedad española, comenzaba en nuestro país un largo camino para estas personas que ineludiblemente termina en el desastre. Muchos han tildado la drogodependencia como el cáncer de la juventud o la enfermedad que convierte a una persona en un simple objeto con la sola ambición de hacerse con la dosis de cada día. Aquellos que gozaban de un puesto de trabajo, lo perdían, y solamente era cuestión de tiempo y dinero. Un jornal no daba, ni da lo suficiente todavía, para un problema que pide cada día miles de pesetas en distintos tipos de estupefacientes: drogas. El trabajo, estrictamente hablando, no es lo más importante que pueden perder estas personas drogadic-tas, pues la salud es algo mucho más hábil y difícil de recuperar. La salud y la vida, porque a raíz de la aparición y descubrimiento del SIDA pocos tienen la suerte de escapar a las garras de una enfermedad infecciosa que no tiene un tratamiento todo lo satisfactorio que cabría esperar. A quien no lo mata la droga termina por hacerlo el SIDA. Un futuro nada envidiable que la sociedad ya está asimilando, haciendo a la vez suyo el problema. Con el aumento de los consumidores de heroína y otras drogas, la sociedad se concienció del problema. El problema ya no era exclusivo de unos pobres desgraciados que se pinchaban, como decían muchos, sino que era un tema que afectaba a todos. La droga lleva consigo delincuencia, proble-

mas sociales, enfermedades y muerte. Los drogadictos se pinchan en cualquier plaza, en las mismas plazas donde juegan niños; niños que se pueden pinchar con las agujas utilizadas y contagiarse desde una hepatitis hasta el SIDA. Los drogadictos necesitan mucho dinero para conseguir sus dosis día tras día y trabajando no es posible obtener las cantidades tan exageradas que precisan para ello. La solución pasa por delinquir, pero delinquir por desesperación, lo cual es aún más peligroso para la gente de la calle. Los drogadictos acaban por contraer enfermedades graves, sin contar el mortal y conocido SIDA, que por supuesto también mata; como tromboembolismos pulmonares, endocarditis infecciosas, osteomielitis, hepatitis, neumonías y un largo etcétera, que no suele incluir los clásicos catarros.

Amor de padres

La persona que se droga, en un primer momento, no suele tener presente ni uno solo de los problemas que hemos comentado anteriormente. Suele romper con su mundo de cada día, sus padres, novios, amigos, trabajo, etc., y se sumerge en otro mundo donde la marginación, la discriminación y la falta de camaradería dominan la situación (falsa camaradería porque no puede ser calificado como bueno para nadie aquel individuo que se llama amigo y que induce a inyectarse algo). Una situación que se prolonga tanto como la fortaleza constitucional del drogadicto da de sí o, si la sensatez vuelve a su cerebro, cosa más rara. Lo más común es que una vez sobrepasado el umbral de resistencia física, por la droga, el comer mal, el

La droga está en la calle, está en Mollet. Los políticos simplemente tratan con porcentajes y estadísticas. La policía no da a basto con el problema y nuestra sociedad está perdiendo jóvenes continuamente, día a día. En el presente artículo buscamos la opinión de unos personajes que no se quejan pero que soportan con estoicismo la grave cuestión de tener un hijo drogadicto. Son los padres y las familias de la droga.



hacinamiento, etc., esta persona se da cuenta que lo único que les queda seguro son sus padres, su familia. Una familia, unos padres a los que se le viene encima un problema más que aquel hijo que hace meses, o años, perdieron. Un problema porque antes no era un enfermo y ahora sí, y antes no necesitaba dinero a diario y ahora sí, y mucho. Aguantar a un hijo/a a quien no se entiende, a quien un día se ve con el mono (síndrome de abstinencia) (irritable, tembloroso, con dolores espantosos de todos tipos, sudoración, etc.) y otros días se le ve colocado y con poca capacidad, incluso, para coordinar una frase coherente, cuando no se le ve sin sentido o muerto por una sobredosis. Y si la droga no termina con ellos, lo hará una enfermedad. Una enfermedad grave que mientras su organismo tiene defensas sólo la padecerá él, pero que con el tiempo la podrá contagiar a cualquier miembro de la familia, tuberculosis, hepatitis, pulmonías de todo tipo y un largo etcétera, que por supuesto incluye el SIDA, y con el SIDA, una muerte prácticamente segura. Unos padres que resisten porque son hijos suyos, hijos a quienes han de ver

consumirse con el paso del tiempo y han de acabar enterrando, a pesar de no contar una edad superior a 30 años, en su mayoría.

Las familias de la droga

A continuación, y con el nombre de pila, únicamente mencionaremos una serie de casos recopilados por el equipo de investigación de TRIBUNA VALLESANA durante los últimos tres meses y siempre con testigos de primera mano, ya sea el propio toxicómano o uno de sus familiares.

“Doctor, me drogo”.

Este es el patético caso de un muchacho de 19 años que acude a su médico, después de llevar treinta días pinchándose heroína. **“Al principio solamente era con mis amigos. Ellos tienen la culpa. Ahora la necesito cada día y mi sueldo no me da para tanto”.** **“Me gustaría que me diera alguna solución sin que mi madre se enterrara”.** **“Ya no quiero volver a ver a los amigos que me han llevado a esto”.**

“Prefiero que mi hijo esté en la cárcel”

La madre de Federico, un chico de 25 años,

nos comentó en un momento de sinceridad que, a pesar del cariño que sentía por su hijo, prefería verlo en la cárcel, porque allí, por lo menos, no se drogaba. **“En la cárcel hay más droga que en la calle pero si no tienes dinero no la puedes ni tocar, y yo a mi hijo sólo le llevo 2.500 pesetas a la semana para tabaco”.** Esta madre, con un hijo con anticuerpos positivos de SIDA, prefiere verlo encerrado porque es la única manera que tiene de controlar que no cometa delitos continuamente y que no acabe herido en algún enfrentamiento armado con la policía.

“Se gastó 150.000 Ptas. en tres días”

Unos padres angustiados nos comentan el caso de un hijo suyo de 28 años de edad y que recientemente ha fallecido por SIDA en una localidad vecina. **“Nuestro hijo trabajaba en Cardedeu hasta que su empresa hizo reducción de plantilla y tuvo que abandonar el trabajo. Le correspondían más de 300.000 pesetas, de las cuales pudimos cogerle 150.000 y metérselas en la cartilla. Se gastó el resto, más de 150.000 pesetas, en tres días”.**

“Yo conseguí dejarlo yyanovivo en Mollet”

Este es un joven afortunado que consiguió desengancharse de la heroína y prefirió perder de vista el pueblo donde nació y olvidarse de la gente que estuvo a punto de llevarle al desastre. **“Yo me considero una persona afortunada, lo conseguí dejar, me hice la prueba del SIDA y salió negativa. Era como una segunda oportunidad que me daba la vida y decidí aprovecharla, me fui de Mollet y busqué trabajo fuera de este pueblo. Ahora solamente vengo a Mollet para visitar a mi madre”.**

“Nuestra hija es tuberculosa. ¿Qué hacemos?”

La joven Claudia, de 23 años, es drogadicta desde los 18 años y posee anticuerpos desde hace tres años. **“Su estado no es bueno y ha perdido peso en poco tiempo. Le pega a mi mujer y hasta a mí cuando le coge el mono porque no tiene dinero para pincharse o no se lo queremos dar nosotros. Lo que nos preocupa es que hace un mes y medio pilló una tuberculosis y tenemos miedo que no nos la pegue a nosotros”.** Con esta pregunta, según nos comentan estas mismas personas, padres de una chica drogadicta, acudieron a su médico para pedirle que les hicieran las pruebas de tuberculosis. Estos padres nos siguen comentando que **“mi mujer tendrá que hacer tratamiento como de prevención durante un año porque el médico nos dijo que las pruebas salían positivas”.**

Equipo Investigación